

só por mi mente la idea de que aquel hombre, que con tanta furia me miraba, podría ser el autor de una carta anónima que se me había dirigido pocos días después de la muerte del presidente Carnot, y que empezaba con estas palabras: «Digno amigo de Caserio.....»

¡Y yo que había formado el propósito de conquistarle! Adivinaba la causa del odio que sentía hacia mí, y no me quedaba otro recurso que resignarme á tomar tila, pero, de todos modos, el misterio quedaba descubierto; había hecho en mi pequeño estudio del tranvía mi primer descubrimiento importante, y ¡quién sabe si aquel hombre era un Ives Guyot italiano, el devorador de socialistas franceses que tan escaso bien había hecho á su patria!

---

## CAPITULO TERCERO

*Marzo*

Para mucha gente que sale poco de casa y que, por pereza, por exceso de edad ó por achaques, no se sirve apenas de las piernas, el tranvía ha venido á ser el único medio de comunicación con el mundo y el único puente movable que les une todavía con la ciudad, dentro de la cual viven solitarios. Unos hacen en el tranvía sus viajes higiénicos de «ida y vuelta» ó de «circulación» como les llaman, para aspirar una bocanada de aire; en el tranvía buscan el placer de la conversación, hacen sus conocimientos, recogen noticias, ven á veces á algunos de los amigos antiguos, y cuando vuelven

á casa no hablan sino de la gente que han encontrado y de los accidentes presenciados durante su viaje, como si para ellos no hubiese más sociedad que aquella que corre desde las siete y media de la mañana á las diez de la noche sobre la gran red de hierro de las compañías belga y turinesa. Puedo decir sin alarde que he formado parte de esa familia durante todo el tiempo que empleé en escribir mi libro. Aun estando en mi casa, pensaba á menudo en las personas que acostumbraba á encontrar en los tranvías, y cuando pasaban los coches por debajo de mis balcones y oía el ruido que producen, aparecían ante mí, como en un cinematógrafo ideal, las imágenes de todas las gentes que había conocido durante mis trayectos, y me parecía conocer y reconocer á todos aquellos pasajeros que en aquel momento corrían la posta por la calle. El tranvía era para mí lo que para algunos viejos el café, al que van para interrogar la opinión pública y para conocer los acontecimientos del día. Cuando el dos de Marzo llegó á mí la primera noticia del desastre de Abba Garima, corrí á mi café ambulante deseoso de observar el efecto que había producido entre la gente aquel acontecimiento terrible.

Tomé el carruaje de Carlin en la línea de Martinetto. Iban dentro seis ó siete caballeros que leían periódicos, sin mirarse unos á otros, como si cada cual temiese adivinar en el rostro de su vecino alguna noticia peor de la que ya había leído; todos demostraban, además del dolor que sentían, una amargura desdeñosa, una indignación sorda que me pareció la venganza y la vergüenza de la cre-

dulidad estúpida del entusiasmo callejero que se había manifestado durante tanto tiempo por culpa del Ministerio y de la cual salían bruscamente aquella mañana como sale un hombre del sueño que le ha producido la embriaguez. Todos callaban: el carruaje parecía un gabinete de lectura de hipocondríacos. Únicamente Carlin estaba agitado. Cuando se llegó á mí en la plataforma con su rostro más triste y tímido que de ordinario, arrancó con ira el billete del talonario, diciendo:

—¡Torpeza! ¡Torpeza!—palabra que sin duda había tomado de un diario cualquiera.—¿Qué se podía esperar de una dirección semejante?

Veíase claramente, según él, la bestialidad imperdonable de no haber cogido al enemigo entre dos fuegos cuando todavía era tiempo. Pero parecía consolarse afirmando, de ciencia propia sin duda, que nuestra artillería había hecho estragos inauditos, tenía gran fe en el mayor Prestinari y esperaba también milagros de Baldissera, que de fijo los habría «reventado» á todos... ¡Pobre Carlin! Toda su persona desmadejada hervía en ansias de guerra y venganza. Quería enviar acto continuo cien mil, doscientos mil, cuatrocientos mil hombres, y hasta el último cañón de nuestros arsenales para acabar con aquellos negros, con aquella canalla. Y, diciendo estas palabras, continuaba arrancando vigorosamente billetes y más billetes, como si hubiese arrancado tiras de pellejo al Negus.

Durante algunos días no conocí objeto más digno de admiración que aquel conductor. Descubrí, sin embargo, que no era un africanista ardiente, ni un

entusiasta de las ciencias, sino un observador de sus semejantes. Estando al servicio de los tranvías desde hacía algunos años, conocía gran número de personas que viajaban por todas las líneas y sabía las horas en que subían, y los puntos en que bajaban; su condición social y los negocios que hacían, observándolo todo con ojos escrutadores. Y se comprende que aquel continuo subir y bajar de gentes conocidas y desconocidas, y aquellos millares de fragmentos de discursos que oía á la buena de Dios durante todo el día, le divertían soberanamente. Un día me lo confesó:

—Si se ganase un poco más y si trabajara uno un poco menos, le confieso que esta profesión sería de mi gusto.

Era uno de esos hombres de imaginación viva y ardiente, para los cuales el espectáculo del mundo es un verdadero placer. A cada discurso que oía, á cada razonamiento, abría el oído, aplicaba la inteligencia, recogía las frases, tomaba las noticias y, bien ó mal, se hacía cargo de las ideas, después las rumiaba en silencio y, por último, las volvía á verter transformadas de tal modo, que los pasajeros que las oían quedaban admirados y creían imposible que un hombre que vivía en una esfera tan humilde pudiese concebir ideas tan por encima de su condición social. Siempre serio y con la frente arrugada, cuando entraba en el coche alguna mujer elegante, pero equívoca, guiñaba el ojo y movía los labios dándose el aire de un conocedor fino y profundo de aquel género femenino. Para trabar conversación con los pasajeros, soltaba de cuando en

cuando algunas palabras; si aquellos le contestaban seguía hablando sin interrupción, si no, parecía que no hubiese dicho ni una sola frase y continuaba mirando hacia el horizonte como si tal cosa. Para los conocidos tenía mayor franqueza, y cuando subía alguno, y sobre todo cuando bajaba, en voz baja los iba nombrando:

—Ese es el secretario del Ayuntamiento, el que se cuida de todo: es una gran cabeza.—Esa es la señora Maldata, la *prima donna* del teatro piomontés, que sube todos los días para ir al *Rossini* al ensayo.—Este es el señor Benotti, el veterano del 48, que va al café de Londres... con el perro.

Benotti era uno de los pasajeros habituales de la línea; le había visto subir muchas veces junto al número 43 de la calle de Garibaldi; llevaba siempre en el ojal la cinta de la medalla conmemorativa; tenía setenta y ocho años y aprovechaba todas las ocasiones para hacer conocer su edad y su condición. Cuando subía, se excusaba de su tardanza, diciendo:

—A los setenta y ocho años no se puede andar deprisa.

Cuando los vecinos sonreían de la prisa con que se aferraba con ambas manos á las barras de la plataforma, sonreía también y decía:

—No es extraño... tengo setenta y ocho cumplidos.

Era un viejecito simpático y cortés, á quien una obesidad incipiente daba un aspecto de gran bondad. Sonriente con todos y especialmente con los niños, acariciaba las mejillas de éstos con la mano,

cuando se encontraban en brazos de su madre. Expansivo á más no poder, aun cuando nadie le oyera hablar por su cuenta, aprobaba con la cabeza lo que decía con la boca. Andaba un tanto encorvado, pero se enderezaba de cuando en cuando alzando la frente, y miraba con altivez hacia adelante cuando recordaba alguna de sus antiguas proezas y batallas. Esto duraba pocos momentos, sin embargo. Luego volvía á encorvarse y empezaba de nuevo su soliloquio, contento de sí mismo y de los demás, observando el efecto que producían sus palabras. Tenía un perrillo que llamaba Cinchetto, muy gruñón y con la cola corta, que le acompañaba continuamente. Como no subía en el tranvía, siempre iba detrás del coche corriendo y ladrando cerca de la plataforma, y levantando á cada momento su cara inteligente para mirar á su amo; éste, por su parte, le miraba sonriendo amorosamente y le buscaba con ojos inquietos volviendo la cabeza á diestra y siniestra al paso de todos los carruajes que por un instante le ocultaban. Se comprendía enseguida que aquel perro era para él un amigo, un consuelo en la vida, la sola compañía que durante muchos años y durante mucho tiempo había tenido en el mundo. Era aquel buen señor un poco sordo, pero tan cortés que asentía siempre con la cabeza sonriendo á cuantas personas le hablaban aunque no las entendiera del todo, y prolongaba el acto de aprobación, aun cuando ya no hablaran, con un aire de atención profunda. Fué uno de esos casos, de los cuales algunos se burlan, lo que hizo que yo, por simpatía, escribiese su nombre en la lista de mis personajes...

\*  
\*

Marzo, sin embargo, no se anunciaba bien. Parecía que el desastre de Alba Garima hubiese desperado todos mis conocimientos; pasaban los días y en ninguna de las tres líneas que habitualmente recorría, aunque lo hiciera desde la mañana hasta la noche, encontraba á mis conocidos; no veía á ninguna persona que mereciese citarse, de esas que llaman la atención y pudieran dar amenidad á mi libro. Me faltaba la materia. Entonces se apoderó de mí una idea triste. Creía haber fundado un edificio sobre una ilusión. Imaginé que la realidad no bastaría á dar interés al libro que intentaba escribir y pensé que, sin gran trabajo por mi parte, sin dar alas á mi fantasía, no podría acabar el tomo empezado. Y de día en día, convirtiéndose la duda en certeza, estuve á punto de renunciar otra vez á mi propósito, sintiéndome tristemente descorazonado.

Aquellos dos pobres amantes de San Donato me infundieron de nuevo esperanza. Los encontré una mañana en el tranvía del Martinetto, al llegar á la plaza del Estatuto. Era la primera vez que veía á la muchacha junto á él, y subí en la esquina de la calle de Siccardi. Estaban sentados uno cerca del otro, al lado de la puerta de entrada del carruaje. La primera mirada me reveló una mutación en ambos, en ella particularmente. Tenía un sombrero nuevo, un vestido que nunca le había visto y no sé qué de sereno en el rostro, de más dulce en la mi-

rada, un ademán de dignidad más profunda y una expresión vaga de amor y de cariño. Hablaban los dos más libremente, en voz más alta y sonreían más á menudo, mirándose con un aire de seguridad que antes no mostraban. Habían debido casarse hacía poco tiempo, pero hasta después de algunos minutos de observación no lo noté. Estaban, en efecto, casados. No había duda alguna. Miré la mano derecha de ella y vi la alianza. Creedlo; se querían... Sentí un vivo placer. ¡Pobre muchacha! Estaban contentos Dios sabe con qué privaciones. Habían ahorrado céntimo á céntimo lo necesario para su vida y para establecer su domicilio en la calle San Donato, porque estaba seguro de que vivían allí y de que debían vivir en una habitación tan pequeña, que tal vez ni siquiera tendría cocina, si es que de cocina no servía el mismo brasero. Veía yo en mi imaginación aquel cuarto piso, amueblado apenas con lo estrictamente necesario; pocos muebles y los más precisos, con una maceta de flores en la ventana, y una lámpara de petróleo sobre una mesa pequeña, junto á la cual ella cosía durante la noche, en tanto que él hacía algún trabajo extraordinario de copia, después de haber cenado una mísera ensalada; imaginábame su vida, de la cual podrían contarse los minutos y los céntimos día por día, momento por momento, y hasta casi las palabras leídas una por una sobre el mismo libro y página por página. Adivinaba yo que aquellos dos seres, que con tan poco debían contentarse en la fiesta de la vida, de cuando en cuando se permitirían el lujo de ir al teatro Alfieri, un par de veces

cada mes, pareciéndoles que la entrada general era como una entrada al Paraíso verdadero, al que indudablemente tenían derecho. En aquella existencia obscura y pobre, adivinaba la existencia de un pensamiento común, la espera de un sér deseado que fuera diverso del suyo, hermoso y bello, y que hubiese llenado aquellas cuatro pobres paredes de luz, de alegría, de valor y de orgulloso regocijo. Sí; ciertamente, aquella tenue luz que se transparentaba en el rostro de aquella mujercita, concedora de su propia fealdad y resignada con el puesto humildísimo que la había dado la naturaleza entre los seres, era luz de esperanza, el íntimo reflejo de la maternidad que alboreaba ya en el alma antes que el astro existiera; el pequeño sér, no concebido sino en el pensamiento, era amado ya y acariciado; veía ella la forma indefinida, alguna cosa blanca y rosada que se movía en el pequeño cuarto, ó se agitaba á su lado en el tranvía, levantándose sobre sus rodillas y mirándola frente á frente. Como de costumbre, ella se levantó para bajar en la plaza del Castillo; él continuó en dirección á su trabajo. ¡Pobre mujer! Al levantarse hizo un gesto insólitamente vivaz, en el cual puso cuanta gracia podía demostrar su cuerpo tan poco femenino, y claramente se advirtió que aquel acto, que aquel gesto, estaba consagrado por entero á su esposo. Cuando estuvo en el arroyo, en tanto que esperaba que el carruaje acabase de pasar, saludó á su marido con la mano, sonriendo. Era la primera vez que veía aquel gesto: era un saludo de mujer á marido. Fué para mí la confirmación indirecta del matrimonio.

Al día siguiente, como si aquellos dos seres hubiesen abierto para mí un buen período de observaciones, descubría otro cuadro que me pareció destinado á llamar mi atención durante el transcurso de todo el año. Eran las cuatro de la tarde, cuando subió al tranvía de la línea Vinzaglio, en la calle Garibaldi, una señora de unos treinta años, morena y hermosa, vestida con mucha gracia, un poco tímida, con dos grandes ojos y una boca de niña. Apenas sentada en un ángulo miró hacia todos lados con rapidez y expresión inquieta que se apagó inmediatamente. Era una de esas mujeres de las cuales en el momento de verlas puede decirse:— Esa es una mujer honrada.—Llevaba un sombrero negro adornado con violetas que armonizaba perfectamente con su rostro, blanco como el de una niña. Después de aquella primera ojeada no miró ya á nadie y parecía que se limitase á la observación de los zapatitos de un muchachuelo que tenía sobre la falda una mujer que estaba sentada enfrente. Cuando el tranvía llegó á la calle Roma, y al desembocar en la plaza del Castillo, donde se agrupaban varios jóvenes elegantes para ver desfilas á las mujeres que paseaban por los pórticos, subió, sin hacer parar el tranvía, un guapo y joven capitán de infantería, alto y esbelto, con guantes blancos recién estrenados y con uniforme immaculado, sentándose enfrente de ella. Se miraron un momento y luego volvieron ambos la cabeza hacia la parte opuesta, él hacia el estribo de la derecha y ella hacia el de la izquierda. ¡Qué imprudencia! Si se hubiesen saludado y empezado á hablar, de fijo que

no hubiesen inspirado ninguna sospecha. Pero aquel cambio de miradas que dirigieron á su alrededor como para asegurarse de que nadie les observaba, les hicieron traición. A consecuencia de aquellas miradas subió á las mejillas de la señora un ligero rubor, que por más esfuerzos que hizo para contenerle delataba la agitación de su pecho; pronto desapareció aquel rubor; pero quedó visible la turbación que sentía por no saber qué hacer de los propios ojos, y como notase que la observaban los demás pasajeros, además de sentir como un miedo inconsciente, volvió los suyos hacia la calle, á la cual lanzaba de cuando en cuando miradas furtivas, recorriendo rápidamente todo el trayecto que podían ver desde el tranvía á medida que la carrera del coche avanzaba. Aquella cita en el coche debía ser sin duda la primera concesión hecha al hermoso capitán, después de haber rehusado otras concesiones. ¡Dios sabe para cuántos, aquellas cuatro paredes del tranvía son una especie de antecámara, y no sé yo por qué imaginé en mi mente que aquella señora era la mujer de un empleado en Correos. Ya fuese por una vaga semejanza de rostro, ó por otro recuerdo que no me puedo explicar, el caso es que de momento imaginé ver la cara de su marido inclinada en una ventanilla de cartas certificadas, y aquella imagen me parecía tan clara y precisa como si la hubiera visto, y sentí verdadera piedad al pensar que en aquel momento quizá, á poca distancia suya, el pobre hombre estaba examinando ansiosamente una carta certificada para

asegurarse de que los lacres no estuviesen rotos. La verdad es que no hay nada reservado en este mundo. ¡Pobre empleado! Todo es frágil como el lace y pasajero como una carta. Pero pensé enseñada que no transcurriría mucho tiempo sin que la traidora fuese castigada, porque los ojos centelleantes del capitán, movidísimos y sonrientes como los de un chicuelo, que se fijaban indiferentemente sobre los galones de las mangas ó en el cristal de la ventanilla en que brillaba el reflejo argentado de la teresiana nueva, no daban indicios de una gran profundidad de pasión. Y advertí que empezaban ya para ella las torturas y temores del amor criminal. A cada persona que subía á la plataforma, la examinaban ambos á dos, para saber si podía ofrecer algún peligro; á cada pasajero que entraba, sus rostros se oscurecían pensando si alguna cosa podrían temer del nuevo viajero; cada vez que una mirada escrutadora se fijaba sobre ellos, la pobre mujer tenía que refugiar la de sus ojos entre los zapatos del niño que se hallaba enfrente. ¡Ah! señora: es verdad que las cuatro paredes de madera y cristal preservan á la virtud de una gran caída, pero no es menos cierto que aquel recinto lo es de tortura. Entre tanto, las miradas de los dos amantes se encontraban de cuando en cuando, y en la llama expirante que brillaba bajo los párpados de ella, que se bajaban rápidos, se advertía que el destino del hombre de la ventanilla estaba decidido. Cuando yo bajé en la plaza Carlo Felice, no quedaban en el carruaje sino cinco ó seis personas. Parecióme que los ojos del capitán de-

clan:—Un importuno menos,—y yo pensé desde el fondo de mi conciencia: dos personajes más para mi obra.

\*  
\*  
\*

En este punto poco faltó para que por mi parte no diese de mano á todos los pasajeros de que había hablado ya, para dar cuerpo á una idea nueva que de momento se me ocurrió yendo por la línea de la plaza Emanuele Filiberto á la carrera de Valentino: la descripción de todos los trayectos á través de Turín; una Guía sí, una modestísima Guía, pero escrita con amor de hijo y de poeta en la cual pudiese describir los paseos, barrios, monumentos, colinas, montañas, calles, plazas y callejuelas iluminadas por la luz del sol y que van huyendo ó aproximándose al compás de la marcha del tranvía según troten ó anden pausamente los caballos que arrastran los carruajes. Cedo la idea á quien la quiera. Hubiese descrito en tal caso y en primer lugar la línea del Valentino, que es la más sinuosa y la que mayores contrastes presenta á los ojos del viajero que la recorre, tanto si es un artista como si es un viajero, tanto si la mira desde el punto de vista práctico, como con ojos de artista. Parten del centro los brillantes pórticos de *Porta Palazzo*, y después de un breve trecho de la gran vía Margherita, desde la cual se advierte la alta silueta de los Alpes, éntrase en la tranquila y umbrosa vía de la Consolata, donde se suceden á cortas distancias los fosos de las murallas romanas, y en la que se ad-

mira la estatua consagrada por el Consejo Cívico de 1853 á la Virgen abogada de los coléricos, y el obelisco mortuorio del Foro eclesiástico que surge en mitad de la melancólica plaza de Saboya, elevándose en el aire como una imagen de arrepentimiento y tristeza que levanta al cielo su alta aguja. Atravesada la onda rumorosa de la calle Garibaldi se flanquea el vasto jardín de la Citadella, viéndose á lo lejos cómo Angel Brofferio arenga á la multitud de muchachos que se juntan alrededor de la fuente; se pasa luego cerca de la estatua de Cassinis y se advierte el busto del periodista Borella en la vía Cernaia donde sonaron las trompas de los primeros franceses del 59, el gran cuartel de Larmarmora, el mascarón antiguo de Micca, y aquí y allá pórticos y jardines que alegran la vista y dan á la ciudad un aspecto encantador. Dada la vuelta por el carruaje á la gran plaza de Venecia, baja por la calle Alfieri, hasta dar con la estatua ecuestre del duque de Génova, entre los palacios multicolores de la plaza Solferino, y corre á lo largo del Arsenal humeante y sonoro, después de haber saludado en la plaza de San Quintín al viejo Paleocapa, adormecido en su gran poltrona de mármol. Después de desembocar en la alegre amplitud de la carrera Víctor Manuel, un poco más allá, á la izquierda, Massimo d'Azeglio dibuja su hermosa cabeza de artista sobre el gran penacho blanco de la fuente, enfrente de la cual se destaca en lontananza el pequeño penacho de Emanuele Filiberto, y más allá, al final de la vía, en las últimas lejanías, se yergue el monumento á los muertos en Crimea

sobre el fondo obscuro de las colinas de Val Salice. Tuerce nuevamente la calle, y atravesando entre multitud de peatones y carros que se aglomeran junto á la estación de la Puerta Nueva, llegase á la plaza donde se juró el año 21 la libertad de Italia, y por la ancha vía se va derecho al río, llegándose finalmente al soberbio castillo de María Cristina, donde los ojos y el espíritu, fatigados de la visión de tantas cosas y del desfile de tantos recuerdos, reposa por un momento admirando la silenciosa soledad del parque del Valentino y la grande línea ondulante de la cima de la Magdalena junto á la Superga, que ostenta una gracia mórbida y ligera que parece que sonríe al espectador.

\*  
\*  
\*

Si para volver á casa no hubiese tomado por casualidad la línea de Borgo Nuevo, quizás hoy no conoceríamos nada de uno de los personajes más originales y simpáticos de los que campean en mi obra. Fué una buena inspiración la que me hizo subir al tranvía que parte del Jardín Botánico. También es esa línea, considerada bajo un aspecto histórico, una de las más bellas. Arrancando de la gran avenida del Parque y recorriendo un gran trecho de la carrera Cairoli hasta pocos pasos de la estatua de Garibaldi, el cual, de pie y erguido, parece que dirige sus miradas hacia la calle de los Mil, y avanza hacia la calle de José Mazzini. ¡Cuántas memorias no históricas acudieron á mi mente pasando ante aquellas callejuelas que desembocan

en los alrededores de aquel famoso *jardin del refugio* donde tantos amores suspiraron, donde se forjaron tantas ilusiones y quedaron defraudadas tantas esperanzas! Cierto es que en aquella época cerraban feamente la ciudad los terraplenes formando zig zag cortando las calles como bastiones de fortaleza, pero yo tenía veinte años. Por fortuna el tranvía iba deprisa. He aquí la puerta del café de la Perla, donde de jovencito iba yo á sorber un moka apócrifo y á contemplar á hurtadillas á los emigrados ilustres y los periodistas célebres de la capital. He aquí el monumento levantado á la memoria del conde Cavour, erguido en mitad de la plaza Carlina, como un alto fantasma blanco, que se eleva hacia el cielo sobre un catafalco. He aquí á Larmora á caballo, que amenaza, sable en mano, á los socialistas que acuden por la plaza Bodoni al Comicio del vecino teatro Nacional, convertido de palestra de las musas en templo de la utopía roja. Tuercen los rieles por la calle Lagrange, se para enfrente de la casa donde Gioberti exhaló el primer vagido, y el conde Cavour el último suspiro; se desemboca en la plaza Carignano, donde parece que vibra aún en el aire el grifo amoroso de Adelaide Ristori y los apóstrofes tonantes de Angelo Brofferio, y poco más allá se refleja la silueta del tranvía en la figura del antiguo Cambo, la estación elegante de los ministros y los diputados de la Meca antigua. ¡Ah, cuán antiguo soy yo también! Para librarme de aquellos pensamientos volvíme hacia la derecha, pero de repente torné á mirar hacia la izquierda para no ver la librería del editor

Pedro Cossa, de aquel bendito Casanova eternamente rubio que podía estar detrás de los cristales y darme envidia ó inspirarme despecho á causa de su juventud siempre invulnerable...

\*  
\*\*

Fué, como dije, una buena inspiración la que tuve al tomar aquella línea, porque llegué á tiempo preciso para subir en la plaza del Castillo al tranvía del Martinetto, en el cual, estando en la plataforma de delante, ví sentada en mitad del carruaje á mi atrevida incógnita del sombrero descompuesto, desafiadora de los fumadores y protectora de las muchachas pobres. Estaba como siempre con su inseparable niño sobre las rodillas, y supe al poco tiempo, por casualidad, quién era. Mientras, como de costumbre, estaba trabajando mi imaginación pensando quién pudiese ser, ví en la esquina de la calle Veinte de Septiembre á aquel simpático pintor de que he hablado otras veces y que estaba observando los andares de una señora que pasaba. Llaméle y le hice una seña para que subiese. Sabía yo que conocía á medio Turín y podría satisfacer mi curiosidad. Subió de un salto. Señaléle la señora.

—¡Cómo!—exclamó.—¿No conoce usted á doña Quijota de la Mancha?

Como advirtiese que hablamos de ella, la señora nos miró un momento de frente con sus grandes ojos y muy atentamente, pero con expresión de absoluta indiferencia. Se conocía que estaba acostumbrada á saber que se hablaba de ella.